

dría. Sin embargo, no puedo resistirme a escribir esto, que podría ser como un saludo a William S. Burroughs.

La literatura picaresca no ha muerto: puede decirse, incluso, que es una constante narrativa que no desaparecerá nunca. Empieza con la novela misma —con el "Satiricón", de Petronio— y continúa su camino hasta este mismo momento, hasta ahora, cuando los novelistas se plantean el hecho de la desintegración de su labor narrativa. Pues, en el fondo de toda aventura novelística, hay dos factores inevitables, la transgresión de la ley y la tentación autobiográfica. Y estos dos son los factores casi definitorios de la picaresca. "Yonqui", la primera novela publicada de Burroughs —y una de sus últimas obras editadas en España, por cierto— entra de lleno en la tradición picaresca: narración de una aventura al margen de la ley, del viaje a través de los Estados Unidos, hasta llegar a México, de un adicto a los opiáceos en busca incansable de farmacias, doctores complacientes y traficantes viscosos, que alimenten sus células con el imprescindible demonio químico que le mantendrá en funcionamiento. Se trata de una novela dura, fría, seca, que brilla con el marfileño resplandor de la realidad misma. No hay en ella ninguna concesión a la "literatura": su estilo tiene más que ver con la novela policíaca —más con el despojado Dashell Hammett que con Chandler, proljo en descripciones—, con la escritura barata, que con lo literario. No se pierde Burroughs en descripciones espejeantes de sus experiencias con las drogas —¿qué magia puede haber en los opiáceos?—, sino que describe la experiencia de la droga en sus detalles cotidianos, la influencia que puede tener un elemento químico externo en la vida diaria. En "Yonqui", Burroughs no es ni apologista de la droga ni moralista condenador: se limita a narrar, a contar algo que conoce bien por haberlo sufrido; tampoco incurre en el pecado, tanto literario como humano, de compadecerse de sí mismo y de presentarse como una víctima de las circunstancias, no: la droga, para él —y conste que bajo el término de "droga", tanto W. B. como yo, nos referimos a los opiáceos, morfina, heroína...—, es simplemente un modo de vida, tan válido o no como otro cualquiera. Cierta

que la droga es el mal, pero, desde luego, un mal cotidiano, no más venenoso ni más terrible que la "pesadilla de aire acondicionado" —como diría Henry Miller— en la que vivimos todos, no sólo los americanos, y de la que la droga es simplemente un factor más.

"Las cartas del yage" es la narración de una huida disfrazada de búsqueda: Burroughs narra sus experiencias en el continente latinoamericano, donde trata de escapar de las drogas y, al mismo tiempo, de realizar una nueva experiencia con el yage, la droga telepática de los brujos. Burroughs escribe cartas irónicas, frías, distantes, a su amigo Alen Ginsberg, contando su viaje alucinante a través de una realidad subdesarrollada: huye de la heroína y trata de encontrar en el yage lo que él llama "el fije definitivo", la experiencia con algo que podría ser la escapada total. Pero queda claro que el yage, como todo lo demás, no es sino una nueva ilusión. Las cartas de Allen Ginsberg a Burroughs, que cierran el libro, sirven como contrapunto, y demuestran la lucidez del primero: allí donde éste ve solamente una experiencia circunstancial, un acontecimiento ilustrativo, Ginsberg desca ardientemente encontrar a Dios, reanuda con una experiencia religiosa que es necesaria para su cordura. Las diferencias entre Burroughs y la "beat generation" quedan muy claras en este volumen: la mística de los "beatniks" no está presente para nada en Burroughs, que nunca buscará en la experiencia religiosa —sea ésta oriental, como en el caso de Ginsberg o Gary Snyder, u occidental, como en el caso de Kerouak, quien, tras un breve flirteo con el budismo, regresó al catolicismo de sus padres— una alternativa al modo de pensamiento del sistema, que rechaza abiertamente (3).

"Exterminador" recoge una serie de trabajos bastante recientes de William Burroughs. No se puede definir este libro, que es, a la vez, una recopilación de relatos, un poemario y una novela fragmentada. En realidad, puede decirse que Burroughs, como todos los grandes autores, ha escrito un solo libro: una obra gigantesca, cuyos fragmentos dispersos son

(3) Para entender mejor el porqué de ese rechazo, y ver cuáles son las alternativas que Burroughs propone, es imprescindible leer "El trabajo", traducido al castellano y publicado por la colección Maldoror.

las novelas que conocemos. "Exterminador" tiene completa la temática de Burroughs, y juega con las técnicas lingüísticas y escriturales que son constantes en todo su trabajo: una aparente inconexión de pensamiento que no es, en realidad más que una forma de reflejar el deslavazado continuo espacio-temporal en que vivimos, un modo de mostrar el entramado tenue, hecho de sueños y de realidades mal digeridas que llamamos "experiencia de lo cotidiano". Aunque se trata de textos separados, éstos pueden ser leídos también como parte de una narración continua. El mundo de Burroughs es lo que les da unidad.

Hay pocos escritores que sean a la vez demiurgos, creadores de mundos; éstos son los mejores, y William Burroughs es uno de ellos. Su forma de contarnos la realidad la recrea, la reconstruye. Examinando su narrativa, uno tiene que volverse de nuevo, en busca de antecedentes, al "Satiricón" tal como lo conocemos: una novela llena de lagunas, debido al paso del tiempo, el empleo de las técnicas del "cut up" y del "fold in" que hace Burroughs, dan una dimensión temporal a su obra: leer un libro suyo no es solamente un viaje espacial, a través del espesor del libro impreso, sino también un viaje temporal, una aventura a través de una narrativa salvaje. Cualquier sorpresa nos espera en William Burroughs. Cualquier sorpresa, incluso la de encontrarnos, mientras leemos, contemplando nuestro propio mundo, nuestra propia vida, nuestro propio rostro... ■ E. HARO IBARS.

Sobre la tolerancia

Si al siglo XVIII europeo —el de las Luces, para entendernos— hubiéramos de buscarle su "bete noire", ésta sería, sin duda, la intolerancia. Pues si bien es cierto que muchos de los filósofos, en los que tanto parece que abundó la época, destinaron sus más afilados venablos a la religión, fue sin duda por lo que veían en ella de fuente constante de superstición y de fanatismos.

Típica de ese combate de la razón contra el dogmatismo oscurantista amadrinado en la Contrarreforma es la obra entera de Voltaire, desde su "Diccionario filosófico" hasta sus

cuentos. Frente al sectarismo ambiente, frente al recurso constante a la autoridad como productora única de verdad, Voltaire iba a levantar la bandera del escepticismo, de la crítica, del libre examen.

Y es justamente en el centro de esa polémica civil a favor de la libertad de conciencia donde se sitúa uno de los opúsculos que más fama proporcionaron a Voltaire en su tiempo: su "Tratado sobre la tolerancia" (1). Voltaire lo escribió espoleado por un hecho dramático ocurrido en Toulouse en 1762 y que él mismo expone en el primer capítulo.

Aquel año moría asesinado "por la espada de la justicia", acusado y "convicto" de parricidio, un anciano comerciante calvinista. Según sus vecinos, había estrangulado a su propio hijo al sospechar su conversión al catolicismo. Cuando, algún tiempo después de la ejecución, se revisó el proceso, se pudo demostrar la falsedad de la acusación: el muchacho se había suicidado realmente en un momento de depresión, y el populacho, que había pedido la cabeza del comerciante, lo había hecho movido por su viejo odio hacia los hugonotes.

Indignado por aquel crimen, incomprensible "en un tiempo en que la filosofía ha progresado tanto", Voltaire decide escribir su opúsculo, donde tratará de demostrar el lado cruel y absurdo de los dogmatismos religiosos y la necesidad de superar "la rabia del prejuicio, de la superstición, de la inquisición: enfermedad epidémica que ha reinado en algunas épocas como la peste", como única manera de hacer más tolerable la sociedad.

Para apoyar su tesis sobre el carácter excepcional de la intolerancia católica, Voltaire echa mano de la Historia, donde busca como en un cajón de sastre: ¿Conocieron los griegos la intolerancia? ¿Fueron tolerantes los romanos? ¿Lo fue el Dios de los hebreos? Las respuestas, no exentas muchas veces de ribetes irónicos, son en todos los casos negativas. Si Yahvé parece demostrar cierta intolerancia en algún que otro momento, hay que decir al menos en su favor que los caminos de Dios son siempre inescrutables. Sobre los griegos no puede haber du-

(1) Edición, prólogo y notas de Palmiro Togliatti. Traducción de Carlos Ches y Manuel Sacristán. Grupo editorial Grijalbo.



Voltaire, visto por Vázquez de Sola.

da alguna. Y en cuanto a los romanos, conviene no dar crédito a las leyendas que los pintan como implacables perseguidores de los cristianos, a los que convirtieron en mártires: ¡Si en Roma estaban permitidos todos los cultos! Habrá que pensar, por el contrario, que los cristianos fueron más bien víctimas de su intolerancia hacia quienes mantenían otras creencias, pero sobre todo de su desprecio manifiesto de la sociedad civil romana. Como ocurrió en el propio siglo de Voltaire con los jesuitas, se los dejó de tolerar en cuanto ellos mismos se mostraron intolerantes. Y es este el único caso en que, según el autor del "Tratado", la intolerancia puede considerarse como de derecho humano.

¿Que, en su afán demostrativo, Voltaire no siempre respeta la verdad histórica (¿cuál sería ésta?), sino que manipula a su conveniencia los hechos del pasado para conducirnos donde quiere? ¿Que su conocimiento de la Historia muestra más de una laguna? ¿Que hoy pueden

resultar ingenuos algunos de sus planteamientos? Nada de eso importa en el fondo. Lo que sí importa, por el contrario, es la fuerza innegable de su línea de razonamiento, su gran valor moral y sobre todo su enorme sentido crítico y autocrítico. ¿Podemos acaso no estar de acuerdo con él cuando nos recomienda, por encima de cualquier otra religión, "la que une y no la que divide, la que forma ciudadanos virtuosos y no imbéciles escolásticos"? O cuando escribe estas otras palabras, tan fácilmente aplicables a nuestras propias circunstancias: "Uno de los grandes alimentos de la intolerancia y del odio de los ciudadanos contra sus compatriotas es la desgraciada costumbre de perpetuar las divisiones con monumentos y con fiestas".

Cierto es que hace ya algún tiempo que el optimismo racionalista de Voltaire y sus compañeros de la Ilustración comenzó a hacer agua, que se ha resquebrajado la fe en las posibilidades de la razón humana. Y, sin

embargo, parece justa la advertencia incluida en el prólogo que, significativamente, dedicó al libro de Voltaire el líder del PCI Palmiro Togliatti en 1949: "Las corrientes culturales que creyeron poder superar el racionalismo ilustrado sin sumergirse previamente en él hasta hacerse con todo lo positivo y progresivo que realizó en la destrucción del pasado oscurantista y clerical, han terminado por orientarse una vez más hacia ese pasado o por abrir camino a su resurrección". ■ JOAQUÍN RABAGO.

La historia de las mujeres

Para enjuiciar el llamado "problema de la mujer", para pontificar sobre él, hay primero que conocerlo. Pero la mujer no tiene historia. Ni está escrita, ni los historicistas-hombres se acuerdan de ella. Y esta es una de las razones que han movido a Amparo Moreno (periodista y feminista) a recopilar lo que ella llama apuntes para una historia del Movimiento Feminista en España. "Mujeres en lucha" describe, cronológicamente, la rebelión feminista bajo el franquismo; sitúa la aparición de grupos y movimientos y descubre el velo que durante tantos años ha caído sobre la participación activa de la mujer en una sociedad que la margina.

Se dice que el feminismo comienza en nuestro país a raíz de las primeras Jornadas para la Liberación de la Mujer, celebradas en Madrid a fines de 1975, pero el movimiento no es tan joven como esa fecha, sino que es a partir de entonces cuando empezó a aceptarse la legitimidad de las reivindicaciones de las feministas. Mucho antes, el feminismo había comenzado a apuntar su problemática. Amparo Moreno sitúa en esta tradición, desconocida y olvidada, tres etapas: la primera, hasta finales de los años sesenta, en la que mujeres, a nivel individual, se esfuerzan en denunciar la situación de la mujer por medio de artículos, libros, etcétera. La segunda, de mediados de los años sesenta a mediados de los setenta, época en que las mujeres comienzan a organizarse colectivamente. Y por último, a partir de 1975, en el mal llamado Año Internacional de la Mujer, y sobre todo de las I Jornadas por la Liberación de la Mujer, celebradas en Madrid, que dan pie para sentar las bases de un movimiento feminista.

Amparo Moreno da cuenta de cómo las mujeres, bajo el franquismo, se rebelaron contra el sistema económico, político y social, pero también lo hicieron contra la opresión y explotación de los hombres y aún más: "La historia de la rebelión contra las pautas que la oposición ha querido marcar a las mujeres". Ha habido, pues, dos niveles: el de las mujeres que han participado en la lucha política como militantes o compañeras de los militantes, pero sin cuestionarse el papel que el franquismo imponía a la mujer, y otro —en el que se centra el libro— de la rebeldía de las mujeres en contra de la discriminación, en todos los órdenes, en la que la sociedad nos enmarca.

Amparo Moreno es militante de la Coordinadora Feminista de Barcelona, y su historia de la lucha de las mujeres está elaborada desde una opción feminista concreta. Su reflexión tiene por objeto clarificar la prehistoria del actual Movimiento Feminista y también explicar cómo la incidencia de la situación política general y las posturas adoptadas por los partidos políticos han influido sobre manera en la configuración de diferentes alternativas en el feminismo.

El libro "Mujeres en lucha" (1) es útil para conocer los orígenes de los grupos feministas, pero también para la discusión del futuro del Movimiento actual. Por primera vez están recogidos documentos, programas y actividades de las distintas tendencias que han ido floreciendo a lo largo de los últimos años del franquismo, y quienes se preocupan por sentar las bases de la actuación, presente y lejana, de las mujeres conocerán una historia, unos datos que nunca han sido recopilados y que ahora abren el paso a una elaboración definitiva y completa de este Movimiento. ■ JULIA LUZAN.

El Premio de La Casa de las Américas

Para cualquiera que siga el trabajo de las editoriales en lengua castellana, el caso de La Casa de las Américas es un fenómeno de singular vitalidad. Ciertamente, existe todo el poder y el aparato de un Estado detrás; pero, quizá por eso, sorprende que el paso de los años —cuando el régimen de Cuba es

(1) "Mujeres en lucha. El Movimiento Feminista en España". Amparo Moreno. Editorial Anagrama.